



Pulsando al país

La popularidad de Chávez, expresión de una nación dividida

PEDRO TRIGO, S. J.

Homogeneidad resquebrajada

Manuel Caballero en su análisis sobre las grandes adquisiciones que como país hemos logrado en el siglo XX menciona, junto con la paz, la democracia y la salud, la homogeneización básica, que permite hablar concretamente del país como unidad, como verdadero conjunto, como sujeto social. Naturalmente que él sabe que esta unidad básica se puede componer con variedades regionales, sociales y culturales, que, al reconocerse todas en una misma matriz, es decir, como componentes de un solo conjunto articulado, dan prueba justamente de la solidez de esa pertenencia.

Creemos que la apreciación de Caballero debe ser mantenida ya que se apoya en evidencias insoslayables. Sin embargo, a la luz de lo que ha aflorado, siendo el fenómeno Chávez catalizador del proceso, la apreciación tendría que ser relativizada. El cuestionamiento viene de que en este momento lo que salta a primer plano es que somos una nación no sólo dividida sino crecientemente hostil y hasta enfrentada.

En el sacudón de Caracas y otras ciudades en 1989 fueron las clases medias y altas las que tuvieron esa impresión: temieron que la chusma airada irrumpiera en sus dominios y se armaron para repelerla o incluso se ausentaron del país. En ese momento esa percepción era un espejismo o por mejor decir, una proyección de su mala conciencia que sabía que los de abajo estaban siendo sacrificados para que el paquete económico los afectara a ellos lo menos posible. Estas clases habían abandonado, en efecto, el espacio público y más todavía la escena social, y esa prescindencia sistemática de los demás en sus vidas y en su horizonte fue lo que proyectaron como lógica revancha de las masas. En ese momento, sin embargo, la gente reaccionó contra el acaparamiento y la imposibilidad de acceder a lo elemental, y su grito expresaba que ella existía y que se la tenía que tomar en cuenta, es decir, que la política económica tenía que ser insoslayablemente una política social. Pero no había animosidad directa contra lo que de modo simbólico se puede llamar los ricos.

No es éste el caso actual. Hay más de un 35% por el lado de los de abajo y casi un 20% del lado de los de arriba que se perciben a sí mismos no sólo como distintos sino como difícilmente componibles entre sí, ya que para los primeros los otros son los oligarcas que al vivir de privilegios injustos desvían hacia sí lo que debería compartirse entre todos, y para éstos los primeros son gentes sin cualificación profesional ni humana, el lumpen, que quiere arrebatar por la fuerza lo que debería conseguir con un esfuerzo constante e inteligente, del que no es capaz o no quiere emprender, y que por eso se entrega a los demagogos que les prometen acceder a las cosas sin trabajo ni disciplina.

La popularidad del presidente Hugo Chávez, que se sitúa alrededor del 64%, expresa el abismo que hay en el país. La mayoría de ese 36% restante no es que simplemente se distancia de Chávez porque no es el tipo de presidente que ellos desean o porque no les cae bien su estilo. Para la mayoría de esas personas Chávez casi se puede decir que no tiene nada bueno.

La popularidad del presidente Hugo Chávez, que se sitúa alrededor del 64%, expresa de un modo palmario el abismo que hay en el país. En efecto, la mayoría de ese 36% restante no es que simplemente se distancia de Chávez porque no es el tipo de presidente que ellos desean o porque no les cae bien su estilo. Para la mayoría de esas personas Chávez casi se puede decir que no tiene nada bueno. Para ellos es el paradigma del personalismo autoritario, de la incapacidad de percibir la realidad y de accionar constructivamente sobre ella, de la obsesión por controlarlo todo, de la mentalidad maniquea que sólo sabe dividir y enfrentar, de la ineptitud gerencial. Quienes perciben así a Hugo Chávez no pueden concebir cómo personas que razonen normalmente y vivan con los pies puestos en la realidad del país pueden verlo bien y menos aún respaldarlo con entusiasmo. Por eso en su estimativa la descalificación de Chávez alcanza también a los que se adhieren a él, bien sea por no ser capaces de juzgar su gestión objetivamente, bien porque viven su adhesión al presidente como el modo de participar de un botín y de vengarse de los que por resentimiento consideran sus enemigos.

Lo primero que se me ocurre pensar respecto de esta matriz de opinión es que el que exista es un hecho extremadamente grave e incluso peligroso. Que la gente que tiene más poder en el país sobre todo por su cualificación profesional y también por su nivel de vida y capacidad de generar riqueza y cultura tenga una opinión tan pobre, incluso tan adversa, de la mayoría de su conciudadanos significa que están a punto de no reconocerlos como tales. Y entonces ¿qué queda del país? O la disgregación o el autoritarismo (con formas democráticas o sin ellas) como camino pretendidamente terapéutico para que las masas entren en razón y se disciplinen.

Las razones de un apoyo

Con Chávez tienen existencia pública

Por eso la pregunta que nos hacemos es si no hay que hacer un esfuerzo más honrado, tanto para comprender desde su propia perspectiva las razones de aquéllos para los que Chávez es popular, como para preguntarse por los

móviles propios, más allá de las razones esgrimidas.

Para nosotros las razones vitales de aquéllos para los que el presidente Chávez sigue siendo popular tras dos años de gobierno se agrupan en dos capítulos: el primero es que ellos existen para él, y que por tanto con él en la presidencia ellos tienen existencia pública como personas concretas que son, es decir, como seres culturales específicos; el segundo, es que este presidente les da esperanza.

El primer motivo tiene un peso equivalente al que tuvo el ascenso al poder de los adecos en 1947. Hasta entonces la política y la vida pública habían sido cosa de élites, las élites tradicionales o las fuerzas vivas de la modernidad. Ahora las masas habían sido convocadas a participar directamente, a representarse ellas a sí mismas. Esta propuesta política estaba sustentada en una política educativa y de salud pública que los capacitara para ese desempeño responsable. Las masas comprendieron la propuesta y la respaldaron casi unánimemente. Si no hubiera sido por el anticlericalismo de entonces, la respuesta habría sido total.

Ahora hacía más de veinte años que los partidos (y los sindicatos, gremios y aparato estatal) habían dejado de convocar y representar al pueblo. Ahora los partidos eran los secuestradores de la representación popular. Chávez convocó al pueblo a acabar con ese estado de cosas mediante la participación del voto, es decir, mediante el ejercicio democrático. Más aún, centró su propuesta en la profundización de la democracia a través del contacto directo del líder con el pueblo y del pueblo (no sólo como masa sino de sus organizaciones y de los individuos) con el líder. Como era cierto que los partidos como representantes acabaron siendo un fiasco, la propuesta alternativa de relación directa con el líder resultaba sumamente atractiva. Ya que, además de no presentarse como nueva edición de lo anterior, se basaba en un elemento fundamental de la cultura tradicional que es el valor del cara a cara y la desconfianza de lo societal anónimo. Pero es que además Hugo Chávez tenía un rasgo que lo hacía especialmente apropiado para personificar su propuesta: su monstruosa capacidad para contactar, para hacerse cargo de la situación de su interlocutor, de sus móviles y de su imaginario, en tal grado que el pueblo se siente cabalmente representado por él. Como también el presidente se siente la encarnación de ese pueblo, el encuentro llega casi a la fusión. El es venezolanísimo y yo soy venezolanísimo.

¿Qué hay que decir de este motivo por el que Chávez es popular? Hay que reconocer que era objetivo el abandono de las masas tanto por parte de los políticos como por

parte de los que tópicamente son calificados de ricos y de ilustrados. La prescindencia no sólo en los planes sino más radicalmente aún en el horizonte mental, en el mundo de vida, era y es una violencia simbólica inflingida contra la gente que es más sentida todavía que la violencia estructural de carencia de empleos y deterioro de servicios. Pero además prescindir así de los de abajo deshumaniza radicalmente a quienes lo hacen; y por si lo dicho fuera poco, la exclusión es un atentado contra la estabilidad del país.

Por tanto, si las clases medias y altas del país no cambian de dirección vital para incluir en su horizonte y en sus planes a los excluidos, están atentando contra la paz social y contra sí mismos y de este modo están empujando a la gente en la dirección, que ellos juzgan nefasta, de entregarse en manos de demagogos.

Para mí este es el problema más grave porque, ojalá me equivoque (lo deseo sinceramente), creo que hay gente con capacidad, dinero e influencia que prefiere echarlo todo a rodar o intentar una solución de fuerza quirúrgica antes que cambiar de dirección e incluir en su agenda vital a la gente popular. Mientras no existan grupos significativos que miren en dirección de los de abajo considerándolos como interlocutores y encargándose conjuntamente con ellos de sus problemas, en el entendido de que tienen que ver sustancialmente con la cosa pública (es decir, con existencia real de la República), está justificada la popularidad de Chávez.

Chávez les da esperanza

El segundo motivo de la popularidad de Chávez es que da esperanza. La da porque, así como ha mostrado capacidad para acabar con los políticos que ya no los representaban y capacidad para ejercer un liderazgo sustitutivo, piensan que también la tendrá para llevar a cabo lo que ha prometido. Un motivo adicional que contribuye a hacer plausible esta capacidad de cumplir, lo constituye el hecho de que el pueblo percibe que detrás de Chávez está el ejército que como todos saben es un apoyo contundente y a veces capacitado. Como se ve, el que se mantenga este motivo específico depende casi completamente de la capacidad de Chávez como estadista. Digo casi porque aunque objetivamente es así, en caso de no cumplir, el presidente puede culpar del incumplimiento a enemigos que se interponen; y puede intentar basar su popularidad en convocar a las masas en contra de colectivos a quienes, con más o menos razón o sin ninguna, exponga al escarnio público. Es éste un escenario posible, porque aunque lo que uno desea es que Chávez dé la talla como estadista constructivo, todavía no ha dado indicios sustantivos en esta dirección. Como dice Bolívar, la Providencia rara-

mente concede que los mismos que demolieron un orden caduco levanten otro que lo supere.

Esto significa que quien aspire a constituirse en alternativa de Chávez debe enarbolar como bandera fundamental la esperanza de los de abajo y proponer un escenario realista en el que entren ellos como sujeto social y no sólo como destinatarios.

No hace falta insistir en que esta polarización no hace justicia a la realidad. El país es, gracias a Dios, más complejo, y la democracia es en sí misma un sistema complejo. Por eso es deseable introducir esa complejidad en el debate. Las dos posturas que hemos analizado elementarizan a quienes las sustentan y la evolución creadora va en la dirección de la complejificación. Apostamos a que se abra paso esa tendencia que todos tenemos a hacer justicia a la realidad sin exclusiones empobrecedoras y deshumanizadoras, tendencia que ha caracterizado a los mejores venezolanos a lo largo de la historia.

PEDRO TRIGO, S.J.

TEÓLOGO

DIRECTOR DEL CENTRO GUMILLA

Pulsando al país

**Somos una nación no sólo dividida,
sino crecientemente hostil y hasta enfrentada.**